

LA
ERA
DE LOS
REYES

NIRA STRAUSS

LA TRÍADA: LIBRO I

NIRA STRAUSS

LA
ERA
DE LOS
REYES

FAERIS

*Para todas las que seguimos
esperando al maromo alado*

PRÓLOGO

Hace mucho, mucho tiempo...

Todo empezó con una fiesta. Pero no una fiesta cualquiera. Un bautizo. Y no un bautizo cualquiera, sino el de los tres vástagos de dos dioses que, de la misma forma que se odiaron y lucharon entre sí por sus propios intereses, acabaron encontrando un amor cegador en los brazos del otro. La clase de amor que no presagiaba nada bueno, que impregnaba el aire de algo dulzón y empalagoso, algo que se adhería a los invitados y los hacía salivar, o parpadear, o removerse con inquietud.

Como justo antes de una gran guerra.

Al menos así lo recordaba Fionn. Y si bien algunas malas lenguas estarían más que dispuestas a sugerir que sus recuerdos podían haberse visto afectados por su sana afición al whiskey, hay ciertos eventos que quedan grabados a fuego en la memoria.

La manera en que Taraxis y Teutus se habían sostenido las manos, con los dedos entrelazados, y se lanzaban miradas de soslayo cada vez que podían, era ciertamente uno de esos eventos. Así como la primera vez que Fionn se asomó sobre el borde de la cuna de madera de fresno y contempló a aquellas criaturas cuyo lugar (y propósito) en el mundo nadie tenía claro. Alguien se había esforzado mucho en enhebrar muérdago en cada uno de los barro-

tes de la cuna, y una cascada de maderitas talladas caían sobre las caras sonrosadas de los trillizos, entrechocando melodiosamente entre sí y distrayendo su atención. Al menos hasta que vieron a Fionn.

Cuando aquellos tres pares de ojos acuosos se clavaron en los suyos, el inmortal juraría, y continuó jurando siglos más tarde, que el suelo se movió bajo sus pies. Se tragó aquella primera impresión para sí, ayudado de un buen sorbo de whiskey. Que las estrellas los ayudaran. Aquellos dos tontos habían traído al mundo algo prohibido. Hermoso, pensó observando la naricilla respingona de uno, y la asombrosa mata de pelo que ya exhibía otro, pero que conllevaría desequilibrio.

Seguro que todos pensaban lo mismo que él, aunque no se atrevieran a manifestarlo.

Hasta la irreverente Morrigan. Se había sentado a varias mesas y a docenas de invitados de la cuna, aunque no iba a poder postergarlo para siempre. Tendría que rendir lealtad y mil paparuchadas más a los bebés. Lo mismo que todos los presentes.

Paralda, el rey de los fae, ya había dejado caer su aliento divino sobre los bebés, bendiciéndolos, seguro, con cosas absurdas como belleza y habilidad para tocar instrumentos. Justo la clase de cosas que te salvaban la vida en un combate. Bah.

Luego se había acercado a la cuna Ghob, el rey de los gnomos, seguido de su inseparable comitiva. Con la fastuosidad que lo caracterizaba, Ghob se había carcajeado por lo delgadas que estaban las criaturas, así que había anunciado a los cuatro vientos que las apariencias engañaban y que la fuerza latente de mil montañas correría por sus venas.

Pero el colmo de la fiesta, y el motivo por el que seguramente muchos y muchas habían aceptado la invitación, había sido la llegada de Shirr, el rey de las criaturas de fuego. Shirr, el Dragón Primigenio. Quienes pretendían ver sus plumas iridiscentes o su cola de púas se habían llevado un gran chasco, porque no traía consigo sus alas. Incluso a tamaño reducido, cada una de ellas era más an-

cha que la copa de un fresno, y un solo roce producía quemaduras tremendamente difíciles de curar. Con toda sinceridad, Fionn había suspirado de alivio cuando había visto al rey desfilar por la sala en su forma humanoide. Alto, musculoso, con púas sobresaliendo de sus hombros y codos, altos cuernos negros de los que emanaba humo, y garras en lugar de dedos. E incrustada en la cornamenta ostentaba su famosa corona de gemas, un regalo especial de sus nueve hijas e hijos. El propio Fionn tenía unas cuantas cicatrices tan solo de la época en la que él y Shirr solían salir por ahí juntos. Los buenos tiempos.

Algunos fae y banshees habían dado un respingo ante el rey dragón, asustados. Se había encorvado alrededor del cabecero de la cuna cuando se había inclinado para ver a los bebés y, bajo la desconfiada mirada de Teutus, había jurado no causarles jamás daño alguno. Taraxis estaba reluciente, claro, gran amiga como era de Shirr.

Solo quedaba un reino por mostrar respeto. Y él estaba justo donde menos le convenía.

—Ahí estás, viejo lobo —exclamó una voz femenina a su derecha. «Meliflua», «chispeante» y «deliciosa» fueron las primeras palabras que acudieron a su mente para describir aquella voz, y eso ya era todo un poema para un bruto como él.

—Nicksa —la saludó, hundiendo a continuación los labios en la copa.

Maldición, estaba vacía.

Y para llegar a los cálices tendría que rodear a la dichosa mujer. Cuando la observó, contrariado, supo por su amplia sonrisa que ella sabía lo que estaba pensando. Bien, qué demonios. No era conocido precisamente por su educación.

—Voy a arriesgarme a tus burlas y a reconocer que me has sorprendido. —La reina de las gentes del agua atusó el sinuoso vestido aguamarina que se apegaba a su curvilínea figura como las escamas a un pescado. Se acercó a él hasta que solo los separaba un paso—. Aposté a que no vendrías.

Lo cual era una verdadera sorpresa, teniendo en cuenta las dotes adivinatorias de la reina Nicksa y su propensión a meterse en las vidas ajenas. Sin embargo, ningún poder era infalible, él lo sabía de buena tinta, y, además, él no había tomado una decisión en firme hasta el último minuto. Las predicciones se basaban en decisiones, al fin y al cabo.

Y Fionn ya estaba más que arrepentido de la suya.

—Espero que hayas perdido una fortuna. —Alzó la copa vacía y esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa que seguro quedaba oculta por su barba sin recortar. Más de un invitado le había lanzado una mirada escandalizada por no haberse acicalado para el evento del milenio. Ingenuos. Al menos se había puesto pantalones—. Si me disculpas.

—Sé por qué estás aquí.

Fionn apretó tanto los dientes que le dolieron las sienes.

—Lo dudo, mi reina.

—Ah... Hacía mucho que no me llamabas así. Lo echaba de menos.

—Eso lo dudo mucho más.

La risa de Nicksa descendió por su nuca como polvo de estrellas, electrizándolo, estimulándolo; más de lo que el alcohol podía conseguir. De haber sido posible, hasta su barba se habría erizado. Pero bueno, aquello no era extraño; todo con Nicksa siempre había sido acerca de su voz. Le había cantado una vez junto al Muirdris, mucho tiempo atrás, ambos recostados sobre suaves brezos color malva y contemplando la luna y las estrellas, y su estúpido corazón se había estremecido con las verdades de mil leyendas, las ilusiones y luces de cientos de sueños.

Habían sido tan tontos como probablemente lo eran ahora Taraxis y Teutus, ignorando la gran verdad: el amor era cosa de mortales. Ellos no estaban en el mundo para tales banalidades, ni mucho menos para dejarse llevar por sus encantos y falacias. Debían ver más allá. Ser el hilo conductor de los destinos.

Bla, bla, bla.

Suspiró para sí mismo cuando se dio cuenta de que el poco humor que había podido reunir para aquella celebración se había esfumado. Que la vana llama de esperanza que había nacido en su pecho al oír hablar del fruto del amor entre dos dioses solo había sido un espejismo. Ni siquiera había llegado a caldearle un poquito.

Estaba dando la espalda a Nicksa, a la cuna, al estrado con los dos tronos, cuando escuchó el jadeo de la reina. Y él conocía los matices de ese sonido.

Había visto a los bebés.

Más que eso.

Había visto *en* los bebés.

Un silencio sepulcral cayó sobre la estancia. De la música, la algarabía y los murmullos de las conversaciones, a la nada. Solo el roce de algunos ropajes, y luego la voz de Teutus:

—¿Qué está ocurriendo, mujer?

Fionn tenía una respuesta en la punta de la lengua para ese bastardo. Se giró hacia él, hacia ambos dioses, y se tambaleó un poco sobre sus talones. Bien, era probable que hubiera bebido más de la cuenta. Teutus no le prestaba ninguna atención, sus ojos estaban puestos sobre la figura inmóvil de Nicksa. Y justo detrás de su flamante esposo, aún sentada, Taraxis hizo un gesto a Fionn.

Los ojos verdes de la diosa suplicaban silencio.

Siglos de amistad fueron lo único que ataron a Fionn. Eso, y el susurro angustiado de Nicksa, apenas un hilillo de aire pasando a través de su garganta. Tan, tan bajo y ronco que solo él pudo escucharlo.

—La hay... —empezó a decir la reina.

Sus ojos buscaron a Fionn, y solo su aplomo impidió que este retrocediera con espanto. No era la primera vez que era testigo del don de la reina; la manera en que las sombras, ese preludio del futuro, se deslizaban alrededor de sus ojos y los emponzoñaban, tiñendo de oscuridad las escleróticas, los párpados y la parte supe-

rior de las mejillas como las raíces de un árbol muerto. Una visión aterradora.

Teutus comenzó a gritar. Exigía algo, sin duda. Ese cabrón siempre estaba exigiendo. Pero antes de que toda aquella sala, la fiesta y la ira cayeran sobre ellos (y lo harían), Fionn estrechó a la temblorosa Nicksa entre sus brazos.

—¿Qué es lo que hay, mi reina? —preguntaba Fionn.

Los labios siempre fríos de Nicksa le rozaron el lóbulo de la oreja a Fionn, provocando un estremecimiento demasiado familiar en el inmortal.

—Esperanza.

Y esa sería la última palabra que pronunciaría.



CAPÍTULO 1

*El norte y las montañas, llenos de tesoros sin pulir,
para los habilidosos gnomos.
Los bosques y valles, con sus animales y criaturas, bajo el amparo
de los fae y sus drui.
Los mares, ríos y lagos, inescrutables y misteriosos, para los manan lir.
Y para Shirr y sus nueve hijos, las Islas de Fuego.
Del libro prohibido La Era de las Diosas*

Aparté la mirada del cuervo que se había posado junto al escaparate y me arranqué a mí misma una sonrisa cordial. Y como cualquier otra cosa que uno se obliga a sacar de donde no hay, dolió un poco. No importaba, claro. Mi última gran interpretación consistía en fingir ser aprendiz de panadera, una chica un poco tonta y pizpireta.

Perfecta para los habitantes chismosos y algo soberbios de Grimfear.

—¿Quiere lo mismo que estos últimos días, señora Bolg?

Tanto la señora Bolg como su amiga me ignoraron.

—¿Estás segura? Te recuerdo que la semana pasada confundiste el satén con la seda —dijo la amiga, que llevaba el bonete rojo más estrafalario que había visto en mi vida. No entendía de moda, no tenía problemas para admitirlo, pero aquel amasijo de fieltro en forma de pirámide la había obligado a inclinarse para entrar en la panadería.

Y no era lo más extraño que había visto en aquella ciudad.

—Podría apostar todo lo que llevo encima a que eran... Ya sabes. Eso —dijo la señora Bolg.

No tenía claro por qué consideraban apropiado acercarse al mostrador solo para ponerse a parlotear sobre los últimos escándalos de la ciudad. Si aquel fuera mi negocio, les indicaría a gritos que movieran sus culos de humanas ricachonas a un lado para poder atender a la gente que *de verdad* quería comprar.

Pero ¿a aquella versión de mí? Le encantaba que le hicieran el vacío. Es más, ni siquiera se daba cuenta.

No perdí ni un milímetro de sonrisa.

—Lo iré preparando.

Le hice la señal a mi hermana para que fuera a por los dulces recién horneados de la señora Bolg. La dueña de la panadería nos había contratado a ambas al darse cuenta de que éramos rápidas y eficientes. Sin preguntas. Sin intromisiones. Como a mí me gustaba: llegar a un lugar nuevo, establecernos un tiempo sin llamar la atención, y estar siempre preparadas para poner pies en polvorosa.

Estaba satisfecha por el simple hecho de estar en un lugar calentito y que olía a mazapanes de frambuesa y hojaldres de canela. Era un gran cambio respecto a nuestro último hogar, Galsnan, en las puñeteras y heladas montañas del norte.

Igual que Galsnan estaba lleno de animales y hombres estúpidos cuyo único afán era sacar hematita de las minas para el rey, Grimfear lo estaba de humanos que se habían enriquecido gracias al puerto y su constante flujo de mercancías y personas. Había sido el antiguo bastión de los gnomos y el emplazamiento de la Corte del propio rey Ghob. Tras la extinción del linaje ghobiense durante la guerra, la ciudad había crecido hacia el mar, convirtiéndose con el paso de los siglos en un puerto muy concurrido.

Me preguntaba qué dirían los gnomos si pudieran ver qué había sido de la capital de su reino. Si las leyendas eran ciertas y detestaban tanto al linaje de los manan lir, tal vez hubieran preferido

demoler la ciudad que verla como puerto marítimo. Eso por no hablar de los edificios que se habían construido por orden de la Corte. Todos aptos para humanos, y muy parecidos a los de la capital, con sus estructuras cupulares y sus blancas torres de aguja.

—¿*Eso*? —resopló la amiga de la señora Bolg. No parecían soportarse, pero siempre estaban juntas—. Ni siquiera puedes decir la palabra «sidhe». Te desmayarás como una tonta delante de todos en el Teu Biadh en cuanto aparezca el primer demonio.

Sentí mis orejas estirarse hacia ellas por voluntad propia, deseosas de captar más información. No muchas personas en Hibernia hablaban de sidhe abiertamente. Todos ellos, ya fueran fae o manan lir, eran perseguidos por la Corte y sus soldados con una fiera bien conocida. La sola sugerencia de que estabas relacionado de algún modo con un sidhe te llevaba a la horca (o a lugares mucho peores).

—Los demonios son nuestros salvadores —farfulló la señora Bolg, rebuscando en su abrigo para sacar su monedero—. Me desmayaría por el honor de estar en presencia de alguno; y jamás me perdería este Teu Biadh. El quinto centenario de la victoria será un evento *irrepetible*. Y Reann está en edad casadera.

Aquello sí que hizo gracia a su amiga, que se le carcajeó en la cara. Aquellas dos no eran solo unas humanas ricachonas. Eran parte de la nobleza de Hibernia. ¿Baronesas? ¿Vizcondesas? Solo ellos eran invitados a la Corte para eventos como el Teu Biadh, el aniversario del final de la guerra.

La guerra que el dios Teutus ganó y por la que los humanos ahora lo gobernaban todo. Y por la que seres como mi hermana y yo no podíamos permanecer mucho tiempo en ningún lugar.

—Permite que lo adivine: crees que tu hija tiene alguna posibilidad de encandilar a alguno de los príncipes.

Caeli apareció en ese momento con las dos bolsas llenas de dulces y sus bonitos tirabuzones rebotando. Intercambiamos una mirada rápida y le guiñé un ojo.

Coloqué el pedido sobre el mostrador con una floritura.

—Yo estoy segura de que ningún príncipe podrá obviar a su hija si es la mitad de elegante que usted, señora Bolg —dije.

La mujer se hinchó como un pavo, aunque continuó ignorándome. Su amiga, sin embargo, me miró de arriba abajo, anotando cada mechón de cabello oscuro que se me escapaba del moño, cada parche de harina o miel en los brazos, y el vestido tres tallas más grande bajo el delantal.

—Además de lenta, entrometida.

La señora Bolg estaba rebuscando en su bolsito de terciopelo en busca de potines cuando la puerta de la panadería se abrió de sopetón y golpeó la pared. Un revoltijo de aguanieve barrió la estancia, haciendo titilar las velas. Las señoras exclamaron.

Y se alborotaron mucho más cuando un hombre ensangrentado tropezó y cayó al interior. Me puse tensa y extendí una mano hacia atrás. Los dedos de Caeli se enredaron con los míos sin dudar.

Iba vestido con ropajes oscuros y una fina túnica gris que no ocultaba para nada sus múltiples heridas. Se agarraba del pecho con dificultad, la sangre escurriéndose entre los dedos como sirope. Era un hombre de mediana edad, de ojos y cabello castaños. Era la clase de persona que me hubiera pasado desapercibida de no ser por las circunstancias.

Se encaminó hacia el mostrador a trompicones. Varias damas gritaron y se aplastaron contra las estanterías. La señora Bolg correteó para alejarse, tirando del brazo de su amiga, que estaba ceñuda.

—Ayuda... —jadeó el hombre, casi desplomándose—. La... trastienda...

Se escucharon más gritos provenientes de la calle. Gracias al gran escaparate no me costó ver que había varias figuras negras y encapuchadas fuera. Dos hombres estaban señalando hacia la panadería. Uno de ellos se giró e, incluso en la distancia, vi el brillo plateado en su pecho.

Se me heló la sangre en las venas.

Como nadie le contestaba, el hombre decidió actuar por su cuenta rodando sobre el mostrador. Dejó manchas de sangre por todas partes, pero me dio igual. Aquel no era mi negocio y acababa de ser consciente de que nos iba a tocar huir de nuevo. La dueña de la panadería estaba intentando balbucear algo, pálida.

Arrastré a Caeli hacia la rebotica. Aunque noté que se resistía un poco, solo tenía ocho años y yo seguía siendo mucho más fuerte que ella, incluso cuando no empleaba ninguno de nuestros poderes.

—Alanna'sa... —susurró—. Necesita ayuda.

—No es asunto nuestro. —Abrí la puerta y fui corriendo hacia nuestros morrales. Cada mañana, cuando los revisaba y me aseguraba de que tenían todo lo necesario por si nos veíamos obligadas a desaparecer, rezaba para que no fueran necesarios. Cualquiera que me hubiera visto habría pensado que estaba exagerando, que era una paranoica. Pero veinte años de miedo y persecuciones te moldeaban a la fuerza—. Y no vuelvas a llamarme así cuando no estamos solas.

—Pero...

La puerta volvió a abrirse. El hombre nos había seguido. Mis ojos se encontraron con los suyos, llenos de pavor, e hice todo lo que estuvo en mi mano para no sentir *nada*. Él ya estaba muerto. Lo estaba persiguiendo la maldita Cacería Salvaje e iba dejando un rastro que era imposible de ignorar. Hasta un perro ciego y sin nariz podría encontrarle.

—Vamos, rápido.

Conduje a mi hermana hacia el acceso por el que llegaban las mercancías y por el que la dueña nos obligaba a entrar y salir. La puerta principal era solo para los clientes. Así funcionaba todo con los humanos de las grandes ciudades.

Algunas voces llegaron desde la tienda. Estaba a punto de alcanzar la puerta cuando pasos pesados y firmes llenaron la rebotica. Miré por encima del hombro un instante, mi corazón alborotado. Tres figuras oscuras entraron en tropel haciendo que el espacio,

ya pequeño y abarrotado, se volviera minúsculo. El primero era tan alto y ancho que hizo que sintiera un vacío en la boca del estómago. Iba encapuchado y cubría la mitad inferior de su rostro con una mascarilla de cuero. Todo en él era un conjunto negro, grande, intimidante.

Nos señaló de manera infalible a mí y a Caeli, aunque estaba girado hacia el hombre herido.

—Quietas. —Su voz sonaba profunda y un tanto molesta.

La oscuridad quiso asomarse de entre los pliegues de mi ropa, curiosa. Tiró de mí con una fuerza que jamás había sentido. Me costó mantenerla en su sitio.

Ni se te ocurra, le advertí. Enfurruñada, volvió a esconderse.

Madre mía, ¿cuánto medía ese bárbaro? ¿Dos metros? Su corpulencia se veía resaltada por su indumentaria oscura. Tanto la armadura de cuero como las protecciones de los antebrazos y las piernas parecían de muchísima calidad, y de las correas que rodeaban su estrecha cintura colgaban varias armas que fueron la segunda señal de alarma para mí.

La primera había sido la brillante insignia de hematita en la pechera. Un cuervo posado sobre un rayo, el símbolo de la Cacería Salvaje. Los asesinos de sidhe por excelencia.

Yo tenía pesadillas en las que lo único que aparecía era ese cuervo cubierto de sangre. Terrores nocturnos que me dejaban tiritando, inutilizada durante horas.

La Cacería Salvaje estaba compuesta por varios centenares de miembros, escogidos con mucho cuidado entre los guerreros más destacados del ejército del rey. Se dividían en dos escuadrones, cada uno capitaneado por uno de los dos príncipes. Setanta Ruadh, el heredero de Hibernia y primogénito del rey Nessia, lideraba el mejor. Su hermano pequeño, Bran Ruadh, el otro. Había alguna clase de rivalidad entre los príncipes, por lo que ambos escuadrones tenían roces continuos en su lucha por la aprobación del rey.

Los cazadores pululaban por toda Hibernia masacrando a los sidhe que no se escondieran bien. ¿Por qué estaban en Grimfear?

¿Sería verdad lo que la señora Bolg estaba chismorreando y había sidhe por la ciudad? ¿Y qué probabilidades había de que nos viéramos involucradas?

No podíamos tener tan mala suerte, ¿verdad?

El hombre se había desplomado contra los barriles. Sacó una almarada de su abrigo y la interpuso entre él y el cazador. Le temblaba tanto el brazo que dudaba que fuera capaz de lanzarla o defenderse con ella. Poco a poco, fui retrocediendo hacia la puerta mientras mantenía a Caeli a mi espalda.

—Basta de correr —masculló el cazador. Detrás de él, las otras dos figuras encapuchadas se removieron. Por sus complexiones debían ser mujeres. Llevaban las mismas capuchas y mascarillas, y la más bajita tenía dos dagas de empuñaduras rojas en las caderas. Me resultó curioso que no las hubiera desenvainado. Tal vez porque sabía que el fugitivo no tenía escapatoria—. Ya te he dicho que no...

No pudo terminar la frase. Para sorpresa de absolutamente todos, el hombre no empleó la almarada para protegerse... Sino para suicidarse. Apenas parpadeé cuando se clavó la hoja, afilada y precisa, en el cuello. Aquel tipo de arma también era conocida como chupasangre porque no estaba hecha para dañar la piel, sino para causar graves daños internos.

Con un leve jadeo final, el brazo del hombre cayó. Su cuerpo se escurrió hacia el suelo.

Una de las cazadoras, la más alta, suspiró con fuerza.

—Fantástico.

La otra le dio un manotazo justo cuando mis dedos agarraron el pomo de la puerta. Los goznes crujieron y tres cabezas giraron de golpe hacia nosotras.

Joder.

No había podido pensar un plan, aunque tenía claro que debíamos escapar y escondernos. Tenía que poner a salvo a Caeli.

La cazadora alta rodeó a su compañero y se encaminó hacia mí con decisión, así que cogí mis preciadas boleadoras del morral

y se las lancé directas al tronco. No la vi caer, porque ya había echado a correr hacia el cazador. Extraje dos cuchillos de las botas y le realicé dos cortes perfectos en las corvas.

El tipo, pillado por sorpresa, cayó hacia delante con un gruñido.
—¡Mierda! —gruñó.

Finté y fui directa hacia la mujer restante, la más baja y delgada de los tres. Con ella ya no tenía factor sorpresa. Echó mano a toda prisa al par de dagas de empuñadura roja y adoptó una posición de defensa que hablaba de experiencia y maestría. La oscuridad me tironeó de los pelillos de la nuca, intentando llamar mi atención y que la dejara actuar, pero la ignoré.

Aunque ella era una cazadora entrenada, me veía con posibilidades. Sin embargo, ni me convenía ni tenía tiempo de mostrar mis peculiares habilidades en ese momento.

En lo que duraba un parpadeo, tenía en la palma de la mano una de mis mezclas más poderosas y difíciles de elaborar. Y si había un buen momento para usarla, era ese.

Me paré en seco, extendí los dedos y soplé los polvos directamente hacia ella. Suficiente.

Un segundo más tarde, Caeli y yo nos alejábamos de la panadería y nos fundíamos con las sombras de la ciudad.

UN APASIONANTE ROMANTASY DE INSPIRACIÓN CEÍTA

En Hibernia, los sidhe, seres dotados de magia, son perseguidos hasta la muerte por la Corte humana. Alanna lo sabe bien. Lleva veinte años huyendo y escondiéndose por culpa de lo que su familia lleva en la sangre, y lo único que le importa en la vida es pasar desapercibida y proteger a su hermana pequeña, Caeli. No tiene tiempo para nada más: ni las políticas abusivas del reino ni las desgracias ajenas. Al menos hasta que la mismísima Cacería Salvaje, los asesinos de sidhe por excelencia, entra en la panadería en la que las hermanas trabajan.

Todo da un giro espantoso cuando la diosa de la guerra, Morrigan, se lleva a su hermana y Alanna se ve obligada a tomar una difícil decisión: asociarse con la Hermandad, la organización rebelde que trabaja contra la Corte y rescata a sidhe a lo largo y ancho del reino. Se jura que solo los utilizará el tiempo necesario para recuperar a Caeli y regresar a su vida, pero algo imprevisto sucede cuando ella y uno de los cazadores se miran a los ojos por primera vez.

Algo de lo que tal vez no pueda huir tan fácilmente.

Maddox es un problema andante. Está metido en asuntos de los que Alanna no quiere oír ni hablar, escarba constantemente en sus secretos más oscuros. Es demasiado alto, demasiado atractivo, y tiene dos cosas que sabe que solo atraerán más desgracias: alas.

Dos enormes e imponentes alas de dragón.